

bre de 1856. Henningsen tenía orden de Walker de defender la ciudad hasta el último extremo, y luego reducirla a escombros. Así lo hizo, en efecto, el 14 de Diciembre, embarcándose luego con el resto de sus fuerzas, unos ciento cincuenta hombres cadavéricos, y dejando clavada sobre los escombros humeantes una lanza con estas palabras: *Here was Granada* (1).

«Su orden ha sido obedecida —escribió lacónicamente Henningsen a su jefe—: Granada ha dejado de existir.»

«¡Esta era —decía el general Martínez en su informe a don Patricio Rivas— la civilización y engrandecimiento que nos prometían los hijos de la gran república!»

Cortada ya la gran arteria del filibusterismo, la situación de Walker, encerrado en el teatro de sus usurpaciones, se hizo muy difícil, y se vió obligado, después de la derrota de San Jorge, a encerrarse con los restos de su *Falange* (unos ochocientos hombres), en la plaza de Rivas, donde fué sitiado por el ejército centroamericano. El 11 de Abril de 1857, aniversario de la victoria de Rivas, se dió un asalto general a la plaza; pero fué rechazado valerosamente por los filibusteros. El cerco se estrechó, y comprendiendo el capitán Davis, comandante de la corbeta de guerra norteamericana *Saint Mary* que Walker no podía resistir mucho tiempo, ofreció su mediación, y aceptada que fué por ambas partes, el 2 de Mayo salió de Rivas el jefe filibustero con seiscientos hombres, y ocupó la plaza el ejército libertador. Walker se embarcó en la corbeta norteamericana y se alejó de Centro-América, prometiéndose volver en breve.

(1) «Aquí fué Granada».

La guerra había durado poco más de dos años, y si se venció, no fué solamente por el heroísmo de los soldados centroamericanos, sino también por la actitud de Inglaterra, temerosa de que se violase el tratado Clayton-Bullwer, que garantizaba la estabilidad del Istmo, sobre el que ella tenía proyectos muy vastos que esperaba desenvolver en el porvenir.

El 27 de Mayo llegó Walter a News Orleans, y fué recibido en triunfo. Una multitud ebria de entusiasmo lo acompañó hasta el hotel San Carlos, en cuyo pórtico pronunció un discurso agradeciendo la ovación que se le tributaba, y anunció un *meeting* al aire libre. El día señalado, una enorme muchedumbre se agrupó en torno de la tribuna del filibustero, que habló con vehemencia de la *americanización* de Centro América y prometió riquezas y honores a los que quisieran acompañarle. El gentío, electrizado, prorrumpió en hurras, y muchos se ofrecieron a seguirle adonde él quisiera llevarlos. Ni el viejo *Zac* ni el famoso Scott habían recibido los homenajes que se le tributaron al bucanero, y es que Walker agitaba en las venas de sus compatriotas la sangre aventurera de Drake y de Morgan. Se le comparaba a Cortés y a Pizarro, y mirábasele como al mejor de los norteamericanos. Cuando llegó a New York se le recibió con una ovación quizás más entusiasta que la que le dispensó el pueblo de New Orleans.

Walker volvió a Centro América; pero la escuadra norteamericana tenía esta vez órdenes severas de impedir sus piraterías, y el comodoro Paulding lo obligó a rendirse en punta Castilla.

Aún volvió Walker al Istmo, atraído por su fatal destino, y esta vez dirigió sus miradas sobre Honduras; pero fracasó su empresa y se rindió a los in-

gleses, que le entregaron a las autoridades locales, siendo fusilado el 12 de Septiembre de 1860.

Así concluyó sus días *el último de los conquistadores*, y se cerró el cielo de las usurpaciones armadas, que tenían algo de romanticismo salvaje, para dar lugar a la funesta y vergonzosa «diplomacia del dólar», género de piratería menos intrépido, pero más eficaz, porque la bala sólo destruye los cuerpos, mientras que la *sucia moneda* perfora las conciencias y produce la gangrena mortal que corrompe las almas.

Antes de continuar, séanos permitida una digresión. Inglaterra tenía entonces muchos intereses en Centro América y ejercía una grande influencia en sus destinos desde que estas provincias se independizaron de España. De antaño había tenido pretensiones sobre Belice, la bahía de Honduras, las islas de la costa atlántica de este Estado y la Mosquitia, donde sus piratas habían fundado algunos establecimientos. La Corona de España rechazó siempre estas pretensiones, y lo mismo hizo Centro América una vez independiente, aunque luego un gobierno federal reconoció el derecho de Inglaterra a la Belice, desacierto nunca bien lamentado por los nacionalistas del Istmo.

Los ingleses fundaban sus pretensiones sobre la Mosquitia en la pretendida cesión de un jefe mosco, cacique o rey que aún no se había sometido a la dominación española. Este cacique, por unas botellas de brandy o un paquete de puros, esto es, por un plato de lentejas, vendió la soberanía de aquel vasto territorio en que desemboca el río San Juan, considerado entonces como la ruta más factible para la construcción del canal interoceánico, y aunque España protestó y obtuvo la formal renuncia de Inglaterra a la Mosquitia y a las islas del li-

toral norte de Honduras, no bien Centro América se separó de la Madre Patria, volvió el gobierno británico a sus antiguas pretensiones. En los anales diplomáticos de la Gran Bretaña debe constar el nombre de aquel flamante embajador lleno de cruces y galones, tieso, estirado, que con gravedad sajona presentó sus papeles, bajo un palmar de la costa mosquitia, a un zambo borracho y apestoso a wiskey canadiense, descalzo y con la barriga al aire, que se titulaba «rey de los mosquitos», y que había reconocido el protectorado de su Alteza Serenísima la Reina de la Gran Bretaña e Irlanda y Emperatriz de la India. Aquella farsa terminó cuando el general Cabezas, por orden del presidente Zelaya, aprehendió al «jefe mosco», abatió el pabellón británico e izó en su lugar la bandera de la República libre y soberana de Nicaragua.

Sabidas son las negociaciones diplomáticas a que dió lugar este incidente entre la Gran Bretaña y los Estados Unidos, y que terminó con la definitiva renuncia de la primera a la Mosquitia y la celebración del tratado Hay-Pancefoute, que modificaba en algunos puntos el tratado Clayton-Bullwer.

Inglaterra (¿a cambio de la cooperación diplomática de los Estados Unidos en los negocios de Europa?), abandonaba a la influencia norteamericana, *México, Centro América y todos los países que bañan el mar de las Antillas, con excepción de Jamaica, Belice y las Antillas británicas*, con las restricciones contenidas en el tratado Hay-Pancefoute (1).

(1) No construir obras de fortificación permanente en los proyectados canales de Nicaragua y Panamá; la mutua garantía de la libertad de tránsito a través de estos canales; el respeto a la independencia y soberanía de Colombia sobre el Istmo, etc. ¡Pedazos de papel!...

La guerra hispano-yankee dió ocasión a un nuevo recrudescimiento del «imperialismo», que, como una liana maldita, había arraigado al pie mismo del sepulcro de Washington, y ahogaba con sus millares de flexibles ramas el árbol hermoso de la libertad que habían cultivado con tanto amor el mismo Washington, Jefferson, Adams y otros próceres de aquella noble Patria de la justicia y del derecho, que era el orgullo del linaje humano. La bandera de la estrella solitaria se izó al fin sobre la fortaleza del Morro; pero los corazones cubanos permanecieron mudos y expectantes, porque la libertad no se otorgó a la isla amplia e irrestrictamente, como era el anhelo de los patriotas, sino con la peligrosa apostilla de la *enmienda Platt*, según la cual Cuba no puede contraer alianzas ni negociar empréstitos, ni disponer de su hacienda, ni reformar su Constitución sin la venia de los Estados Unidos. Cuba, de hecho quedó incorporada a la República del Norte; pero el buen juicio de los cubanos, su nunca desmentido patriotismo, su admirable cultura y su laboriosidad, auxiliados por la masa siempre creciente de la población española, han sido valladares magníficos de la absorción y, hoy por hoy, este peligro parece conjurado. Puerto Rico y Filipinas cayeron fatalmente en el «saco del ogro», que las [engorda para devorarlas, como a Pulgarcito y sus hermanos el gigante del cuento de Perrault.

Subió a la presidencia de los Estados Unidos, a causa del asesinato de Mc. Kinley, el vicepresidente Teodoro Roosevelt, un norteamericano de sangre holandesa, que llevaba en las venas el odio a la raza española, dominadora un día de Flandes; Roosevelt había combatido en Cuba al frente de un cuerpo de *Rough Riders*, y aspiraba a dominar el

continente americano-español. Audaz, inteligente, impulsivo, hinchado de vanagloria, el Nemrod moderno, como lo llamó Darío, no bien asumió la dirección de una de las potencias más formidables de la tierra, principió a provocar conflictos con Alemania, con el Japón, con la misma Inglaterra, con todo el mundo. Debatíase en aquellos días en el Senado de Colombia el Tratado Hay-Herrán. Gobernaba el presidente Marroquín, un anciano decrepito, y acababa de salir la República de una guerra civil de tres años, sangrienta y ruinoso, entre los partidos históricos conservador y liberal. Empeñábanse en la celebración del contrato canalero, por una parte, los republicanos de los Estados Unidos, que habían escogido la ruta de Panamá en contra de los demócratas, que preferían la de Nicaragua, y los accionistas de la Compañía francesa, que después del ruidoso fracaso de Lesseps sólo esperaban salvar su dinero mediante el traspaso de sus derechos a los Estados Unidos, única nación que parecía dispuesta a ejecutar la empresa. Por el Tratado Hay-Herrán cedía Colombia a perpetuidad una faja de terreno de cinco kilómetros de ancho a ambos lados del canal, y renunciaba a su soberanía sobre esa faja, recibiendo en pago la suma de *diez millones de dólares*. La Compañía francesa traspasaba sus derechos, que estaban próximos a caducar, por la suma de cuarenta millones. El lector comprenderá qué poderosos intereses se movían en torno de estas enormes cantidades. El Senado colombiano, después de largas deliberaciones, rechazó el Tratado Hay-Herrán por dos motivos: primero, porque la Constitución colombiana prohibía la enajenación del territorio nacional a una potencia extranjera, y segundo, porque los derechos de la Compañía francesa estaban próximos a caducar, y Colombia en-

traba en posesión absoluta de la zona canalera y del material de aquella empresa. Se dejó, sin embargo, la puerta abierta a nuevas negociaciones; pero siempre sobre la base de la soberanía de Colombia sobre todo el territorio del Istmo. *Colombia jamás se opuso a que a través de su territorio se abriera un canal que comunicase los dos mares*; al contrario, favoreció siempre esta idea; pruébanlo los diversos tratados que celebró con ese objeto, primero con Mr. Lesseps, y más tarde con los mismos Estados Unidos; pero nunca quiso —y obró en ello juiciosa y patrióticamente— enajenar su soberanía, que era como vender la virginidad de su cuerpo y el honor de su bandera.

Robustecía esta actitud el hecho de que existía un convenio (el célebre Tratado de 1846, ratificado en 1848), mediante el cual los Estados Unidos *se obligaban a respetar y sostener la soberanía de Colombia sobre el Istmo de Panamá*, aparte del tratado Clayton-Bullwer, con las enmiendas y adiciones del Hay-Pancefoute, celebrado entre Inglaterra y aquella nación, y sin hablar de los principios de alta moralidad internacional que pregonaban desde las gradas del Capitolio todos los políticos norteamericanos (1).

Pero el impetuoso Roosevelt se determinó a *pro-*

(1) He aquí el artículo 35 del Tratado de paz, navegación y comercio suscrito el 12 de Diciembre de 1846 y ratificado en Junio de 1848:

«Los Estados Unidos garantizan positivamente a la Nueva Granada (hoy Colombia), por la presente estipulación, la perfecta neutralidad del ya mencionado Istmo, con la mira de que en ningún tiempo, existiendo este Tratado, sea interrumpido ni embarazado el libre tránsito de uno a otro mar; y *por consiguiente, garantizan de la misma manera los derechos de soberanía y propiedad que la Nueva Granada tiene y posee.*»

ceder con energía. La nación norteamericana necesitaba a toda prisa el canal para trasladar rápidamente sus escuadras del Atlántico al Pacífico, y viceversa, y conjurar el peligro de una guerra con el Japón (1). El motivo real que determinaba la actitud de Roosevelt era la proximidad de la campaña electoral, en que figuraba su nombre en primer término, y en que tendría decisiva influencia la cuestión canalera, que constituía la plataforma de las dos más poderosas agrupaciones políticas, y ya es sabido cuánto apasiona a los norteamericanos la sucesión presidencial, a causa de los enormes intereses que dependen de los comicios.

El gobierno francés, por su parte, impulsaba a Roosevelt con objeto de salvar los millones de la Compañía canalera. Conocida es la campaña de soeces injurias que se desató en la Prensa francesa contra Colombia y su gobierno por el rechazo del tratado Hay-Herrán.

El 3 de Noviembre de 1903, a la llegada de un barco de guerra norteamericano, fué proclamada en la ciudad de Panamá la independencia del Istmo de la República de Colombia. El general Huerta, comandante del batallón «Colombia», que estaba de acuerdo con los jefes del movimiento, no hizo nada para debelarlo, y la separación del Istmo se consumó sin lucha. Dícese que del barco norteamericano salió la primera bandera panameña que onduló en el Istmo.

El 4 de Noviembre se reunió el Consejo Municipal de la ciudad de Panamá y declaró solemnemente la independencia del Istmo. Bajo el nombre de

(1) Diez años duró la construcción del canal. Si este motivo hubiera sido verdadero, ¿habría esperado tranquilamente el Imperio del Sol Naciente la terminación de la obra?

«Convención» se constituyó una Junta de gobierno compuesta de los señores José Agustín Arango, Federico Boyd y Tomás Arias, y el mismo día se extendieron «poderes» al francés Bunau Varilla, propietario de «La Estrella de Panamá», para que suscribiera el famoso Tratado que había rechazado el Congreso colombiano. Roosevelt se apresuró a reconocer la nueva «República», y el 18 de Noviembre, *quince días después de la proclamación de la independencia del Istmo*, se firmó en la ciudad de Washington el contrato canalero. La Compañía francesa recibió los cuarenta millones; la «República de Panamá», diez millones a la ratificación del Tratado y la garantía de un abono anual de doscientos cincuenta mil dólares nueve años después de la celebración del mismo, para subvenir a las necesidades del nuevo gobierno durante toda la duración del convenio; Roosevelt fué reelecto, y se principiaron las obras del Canal.

Colombia, la tierra de la bravura y de la gentileza, la patria de Córdoba, de Santander, de Murillo, de los Mosquera, los Arboleda, los Ospina, los Uribe y los Camacho Roldán, desangrada, inerme, apenas tuvo aliento para alzar el puño crispado, protestar del inicuo despojo, y caer exánime, como un cuerpo muerto, en su lecho de dolor.

El águila hincó el pico y las garras ensangrentadas en el cuello de Colombia, y no saciada aún su voracidad, revolvió luego los ojos en busca de otra víctima.

La hermosa Nicaragua se ofreció a su vista como una india dormida al pie de sus volcanes y al arrullo de sus lagos.

Taft debía consumir el nuevo crimen.

Despojada Colombia y gastados más de mil millones en la construcción del canal, era necesario

cerrar la ruta de Nicaragua, ponerle un candado a la puerta del norte.

En nombre de la Humanidad, Roosevelt forzó la puerta del Istmo, sellada con un papel en el que había puesto su firma y su honor el pueblo norteamericano.

En nombre de los intereses de los Estados Unidos pretendía ahora Taft cerrar la otra puerta, que el presidente Zelaya deseaba mantener abierta en nombre de la civilización.

Se le ofrecieron tres millones por el «derecho de candado». Zelaya rechazó la oferta, y dicese que procuró llamar la atención del Imperio japonés hacia el nuevo canal. Quizá la suspicacia norteamericana vió gigantes donde no había más que molinos; pero desde este instante quedó decretada la caída del dictador.

Una revolución estalló en Bluefields en 1909, promovida por los conservadores y encabezada por Juan Estrada, general de la confianza de Zelaya e intendente de la Costa Atlántica.

El cónsul norteamericano Moffat aparecía como el *Deus ex machina* de esta sedición.

Los revolucionarios, armados y equipados espléndidamente, se apoderaron de San Juan del Norte.

Zelaya ordenó al general Toledo que recuperase esta plaza.

Las fuerzas expedicionarias embarcaron en el lago de Granada, en los vapores *Diamante*, *Hollembeck* e *Irma*, y descendieron por el río. Al llegar el *Diamante* al punto llamado «La Conchuda» se oyó a popa una explosión. Acababa de estallar una mina; pero afortunadamente el navío no recibió ningún daño. Detúvose el barco, echáronse al agua unos botes y procedióse a buscar a los auto-

res del atentado. Estos eran los norteamericanos Cannon y Groce, y se les encontró escondidos entre los matorrales de la orilla, cerca de tres botes cargados de víveres y provisiones, y de una instalación eléctrica conectada con otras minas que se disponían a hacer estallar.

Se les sujetó a un consejo de guerra, y convictos y confesos del crimen que se les imputaba, fueron condenados a muerte. El presidente Zelaya confirmó por telégrafo la sentencia, y los dos filibusteros fueron pasados por las armas.

Al conocerse estos hechos, una oleada de indignación se levantó en los Estados Unidos. *¡Cómo! ¡Fusilar a dos ciudadanos americanos! ¡La sangre preciosa de los hijos del Norte, derramada por los bárbaros nicaragüenses! ¡Dos hijos de la Gran República devorados por los caníbales!* La sorpresa y la ira se reflejaba en todos los semblantes.

Taft declaró que el gobierno de Nicaragua se había puesto fuera de la civilización, y el secretario Knox habló en su nota de *reparacion y castigo*. Se entregaron sus papeles al representante de Nicaragua. La patria de Washington no quería tratar con asesinos. Se dispuso que la flota norteamericana del Pacífico efectuase un desembarco de marinos (*blue jackets*) en Corinto. Zelaya se preparó a resistir. Varios centroamericanos distinguidos domiciliados en Costa Rica le enviaron un telegrama rogándole que dimitiera, para que el suelo centroamericano no fuera profanado por la bota del «yankee»; indicaciones parecidas se le hicieron de El Salvador y del resto de la vieja patria... Zelaya dimitió.

Llamóse al ejercicio de la presidencia al doctor José Madriz, que entonces actuaba como magistrado por Nicaragua en la Corte de Justicia Centro-

americana domiciliada en Cartago (Costa Rica). El gobierno mexicano, deseoso de ayudar a los nicaragüenses al restablecimiento de su paz interna, envió el buque de guerra *General Guerrero* a Puntarenas para conducir a Corinto el nuevo presidente. Se creyó que con este motivo se acabaría la guerra, y algunos nicaragüenses del bando conservador lo interpretaron así; pero el gobierno norteamericano no quería simples cambios de personas en la administración de Nicaragua, ni le importaba ya el castigo del *asesino* de Cannon y Groce, sino que buscaba individuos de conciencia maleable que vendieran su patria, y el doctor Madriz era incapaz de cometer ese crimen nefando; al contrario, Madriz era una figura blanca y luminosa en medio del revuelto mar de la política centroamericana, un magistrado integro, un hombre puro y bueno, en torno del cual se hubieran agrupado todos los nicaragüenses, porque no tenía odios ni rencores; pero el oro del macedonio había ya corrompido a los nuevos helenos... La fortuna misma le fué adversa a Madriz, pues su amigo, el general Fornos Díaz, del ejército conservador, se ahogó lastimosamente en las aguas del gran lago cuando llevaba una misión de paz.

La revolución, sin embargo, fué vencida en Tisma, y las fuerzas del gobierno, de triunfo en triunfo, se aproximaron a Bluefields. La posición de Bluff, que domina a Bluefields, fué tomada por las fuerzas del general Lara, que allí hicieron prisionero al norteamericano Pittman, que había minado aquel lugar. Tomado el Bluff, podía considerarse tomada la ciudad que se hallaba desguarnecida; pero el comandante del crucero norteamericano *Paducah* intimó al jefe de las fuerzas del Bluff que no ocupase la plaza, y para reforzar su intimación

hizo desembarcar un cuerpo de marinos para defenderla.

El gobierno de Madriz intentó el bloqueo de Bluefields, y con ese objeto adquirió el barco inglés *Venus*, que rebautizó con el nombre de *Máximo Jerez*. El bloqueo tenía por objeto impedir que los revolucionarios continuaran recibiendo armas, provisiones y recursos de Nueva Orleans. El comandante norteamericano se opuso a que se hiciera efectivo el bloqueo, declarando que los Estados Unidos no podían consentir que se pusieran limitaciones a su comercio. La toma del Bluff dió a las fuerzas del gobierno posesión de la aduana de Bluefields, con lo que se esperaba privar de esta renta a los revolucionarios; pero el gobierno de la Casa Blanca declaró que los derechos de Aduana debían pagarse a estos últimos. Los rebeldes establecieron una aduana en Schooner Key, en el río Escondido; y aunque los navíos norteamericanos pasaban delante del Bluff cargados de víveres y pertrechos para la Revolución, las fuerzas del gobierno no podían detenerlas, y en cierta ocasión el comandante del *Paducah* amenazó con hundir el *Máximo Jerez* si intentaba un ataque sobre Bluefields (1).

(1) «Habiendo notado el jefe de nuestras tropas en el Bluff que embarcaciones al servicio de la revolución usaban la bandera americana para pasar frente a la fortaleza sin ser detenidas, notificó al comandante del *Paducah* su resolución de impedir el tránsito de esos buques frente a sus posiciones. Los comandantes del *Paducah* y del *Debaque* contestaron que harían respetar con los fuegos de sus cañones el comercio americano, aunque consistiese en armas y municiones para la revolución, y que un disparo contra esas embarcaciones significaría declarar la guerra a los Estados Unidos.»

(Protesta del presidente Madriz al presidente Taft, de 15 de Junio de 1910.)

Algunos oficiales nicaragüenses, indignados por la conducta del gobierno norteamericano, fueron de parecer que se asaltara a Bluefields sin más dilación, y que si los norteamericanos hacían fuego, se les atacase también; pero los jefes se opusieron a este valeroso intento, y se ordenó la retirada.

El doctor Madriz comprendió que era imposible dominar la revolución mientras el gobierno de Washington los protegiera tan abierta como escandalosamente, y resignó el mando. Con la frente baja y abrumado por lúgubres pensamientos, aquel patricio salió de Managua. Detrás de él entró la revolución. Madriz se encaminó a Corinto y se embarcó con rumbo a México en el mismo cañonero mexicano que un año antes lo había traído a Nicaragua. Llegó lleno de juventud y de ardor, deseoso de arreglar los negocios públicos y devolverle a su país el don inestimable de la paz. Salió viejo, encorvado, encanecido prematuramente, con la muerte en el alma. Los que le vieron embarcarse en el *Guerrero* dicen que no levantó la cabeza ni la volvió para decir adiós. Pocos meses después moría en México, abrumado por su inmenso dolor. Su sepulcro debería estar siempre coronado de rosas, porque fué un mártir de la libertad y de la patria.

El nuevo presidente de Nicaragua, Juan J. Estrada, no había sido más que un instrumento en manos de los conservadores, que a su vez eran maniqués de la Casa Blanca; y como según reza el adagio castellano, la traición place, pero no el traidor, el infiel intendente de la costa atlántica y falso amigo se vió obligado por los mismos conservadores a dimitir. Sucedióle un oscuro comerciante de Bluefields, nicaragüense nacido en Costa Rica: Adolfo Díaz. Su primer acto fué contratar un empréstito con las casas Brown y Seligman, de

Nueva York, dando en garantía la renta de las Aduanas del país y permitiendo que un recaudador norteamericano, nombrado por los banqueros con la aprobación del Departamento de Estado de los Estados Unidos, interviniera en todas las operaciones aduaneras; luego enajenó los ferrocarriles, que eran nacionales, y finalmente, pidió como una merced el protectorado «yankee».

Una escisión en su Gabinete, entre los generales Chamorro y Mena, determinó un cisma entre los conservadores y el estallido de una nueva revolución. Los liberales, viendo una oportunidad para libertar el país, apoyaron al general Mena, y el presidente Díaz entonces pidió auxilio al gobierno norteamericano. Mena ocupó militarmente Masaya y Granada, y el jefe liberal Benjamín Zeledón obtuvo algunos triunfos. Un destacamento de marinos norteamericanos desembarcó en Corinto, y en el acto se dirigió a Managua, adonde en breve llegaron nuevas fuerzas navales. La sangre de los invasores corrió de nuevo mezclada con la de los patriotas en los campos de Nicaragua; pero no eran ya los antiguos bucaneros de la bandera de la estrella roja, sino los soldados de la raza conquistadora, bajo el pabellón de las barras y las estrellas de la constelación del norte. El general Mena, considerando inútil la resistencia, se rindió al coronel Pendleton y al almirante Southerland; no así Benjamín Zeledón, que defendió heroicamente a Masaya, sitiada por los conservadores y las fuerzas norteamericanas, y cayó al fin envuelto en la desgarrada bandera nicaragüense, que flota con más honor sobre su tumba que sobre el capitolio de Managua.

Las fuerzas norteamericanas ya no salieron del territorio centroamericano. Un cuerpo de doscientos cincuenta hombres, con ametralladoras y caño-

nes, se estableció en el Campo de Marte (1), y el gobierno de Díaz continuó señoreando aquel desventurado país bajo la sombra de la bandera norteamericana, que, si onduló con honor sobre el histórico baluarte del Chesapeake, a la primera luz del alba, bajo las bombas de la escuadra inglesa, como la vió Francis Scott Key, hoy encogida y tímida, apenas osa desplegarse sobre el campo de Marte por no mostrar el pudor de sus estrellas.

Removidos todos los obstáculos, el 8 de Febrero de 1913 se celebró el famoso Tratado Chamorro-Weitzel, mediante el cual el gobierno del Campo de Marte, con desprecio de los derechos de El Salvador, Honduras y Costa Rica y de la misma Constitución de Nicaragua, cede a los Estados Unidos a perpetuidad «los derechos exclusivos y saneados necesarios y convenientes para la construcción, servicio y mantenimiento de un canal interoceánico por la vía del río San Juan y del gran lago de Nicaragua», da en arriendo por noventa y nueve años las islas del mar Caribe llamadas Great Corn Island y Little Corn Island, y permite por el mismo número de años, prorrogables a opción de los Estados Unidos, el establecimiento de una base naval en el golfo de Fonseca, en el gran seno de aguas que une a tres de las Repúblicas centrales.

El Tratado Chamorro-Weitzel fué más tarde renovado por el secretario Bryan, *the dove of peace* de los Estados Unidos (2); por el hombre que dijo en cierta ocasión, refiriéndose a los pueblos ibero-

(1) Pequeña eminencia que domina a Managua, y donde está el palacio del Ejecutivo Nicaragüense.

(2) «La paloma de la paz», nombre burlesco con el que caracterizan a Bryan en los Estados Unidos los enemigos de la *grape juice police* (política floja, de horchata).

americanos: «La Providencia nos hizo vecinos; que la justicia nos haga amigos.»

El Senado norteamericano y el Congreso nicaragüense ratificaron la nueva convención Chamorro-Bryan, archivando las justas protestas de El Salvador, Costa Rica y Honduras.

Así terminó esta vasta intriga, que costó la vida a millares de nicaragüenses, arruinó a esa hermosa y desgraciada sección de la vieja Patria, e hizo a los Estados Unidos dueños de la codiciada llave del istmo centroamericano. ¡Walker estaba vengado!

¿Hemos de recordar las humillaciones de que ha sido objeto la gallarda República de Chile en diferentes épocas; la conducta bochornosa de los marinos norteamericanos en Valparaíso; los incidentes que surgieron con motivo de la reclamación Alsop; las negociaciones de Knox con los gobiernos de Honduras; la ridícula «guerra» contra el general Valladares, que tenía en Amapala un perrito al que llamaba «Taft»; la actitud del Departamento de Estado contra Cipriano Castro, «el judío errante de los mares», derrocado de la Presidencia de Venezuela por las intrigas de Washington, que tenían *ramificaciones misteriosas* en los Gabinetes de Londres y París; la reprensible hostilidad de que fué objeto el «mono de los Andes» por parte de las autoridades de inmigración del puerto de Nueva York; la intervención en los negocios mexicanos; la nota amenazadora de Taft a Madero, que provocó la caída, y muerte de este íntegro mandatario; la culpable actuación del embajador Wilson en estos acontecimientos; los soberbios desplantes del «maestro de escuela» contra Huerta, que le dieron a este dictador una momentánea y funesta aureola y retardaron su caída; la contestación habilísima

del ministro de Relaciones de Huerta, que confundió al Departamento de Estado; el incidente baladí de Tamp.co, que determinó la agresión de Veracruz; la obstinada defensa que hicieron de este puerto los cadetes de la Escuela Naval, niños, como sus hermanos de Chapultepec; la extraordinaria pompa con que se celebraron en Nueva York las exequias de los catorce marinos muertos en la ocupación de Veracruz, para demostrar al mundo el culto que los Estados Unidos profesan a sus bravos hijos; la intervención del A. B. C. (Argentina, Brasil y Chile) en el conflicto, naciones a las que luego agregaron los Estados Unidos, para destruir el bloqueo sudamericano, a Guatemala, Bolivia y el Uruguay; las conferencias de Niagara Falls; la dimisión de Huerta y la protección que luego se le dispensó a Villa; rebelado contra su jefe; el envío de la expedición Pershing, los acontecimientos del Parral, la actitud firme y resuelta del presidente Carranza; la nota del ministro Aguilar, en que se pedía la retirada de Pershing, y que constituía virtualmente un ultimatum; el asombro de «Uncle Sam», que hasta entonces no había recibido un papirotazo semejante en la nariz; la movilización general del «ejército» de los Estados Unidos, que duró más de quince días y provocó la risa de los mismos norteamericanos; la terrible «matanza» de Villa Ahumada, que mostró a Washington la ineptitud de sus militares, y el aliento con que los mexicanos se disponían a defender su territorio; la retirada final de Pershing cuando todo el mundo creía rotas las hostilidades; el recelo del Ecuador, que ha rehusado vender las islas Galápagos, y que no ha querido sanear a Guayaquil con oro de «Wall-Street», porque teme menos a la fiebre amarilla y a la peste bubónica que a la influencia norteameri-

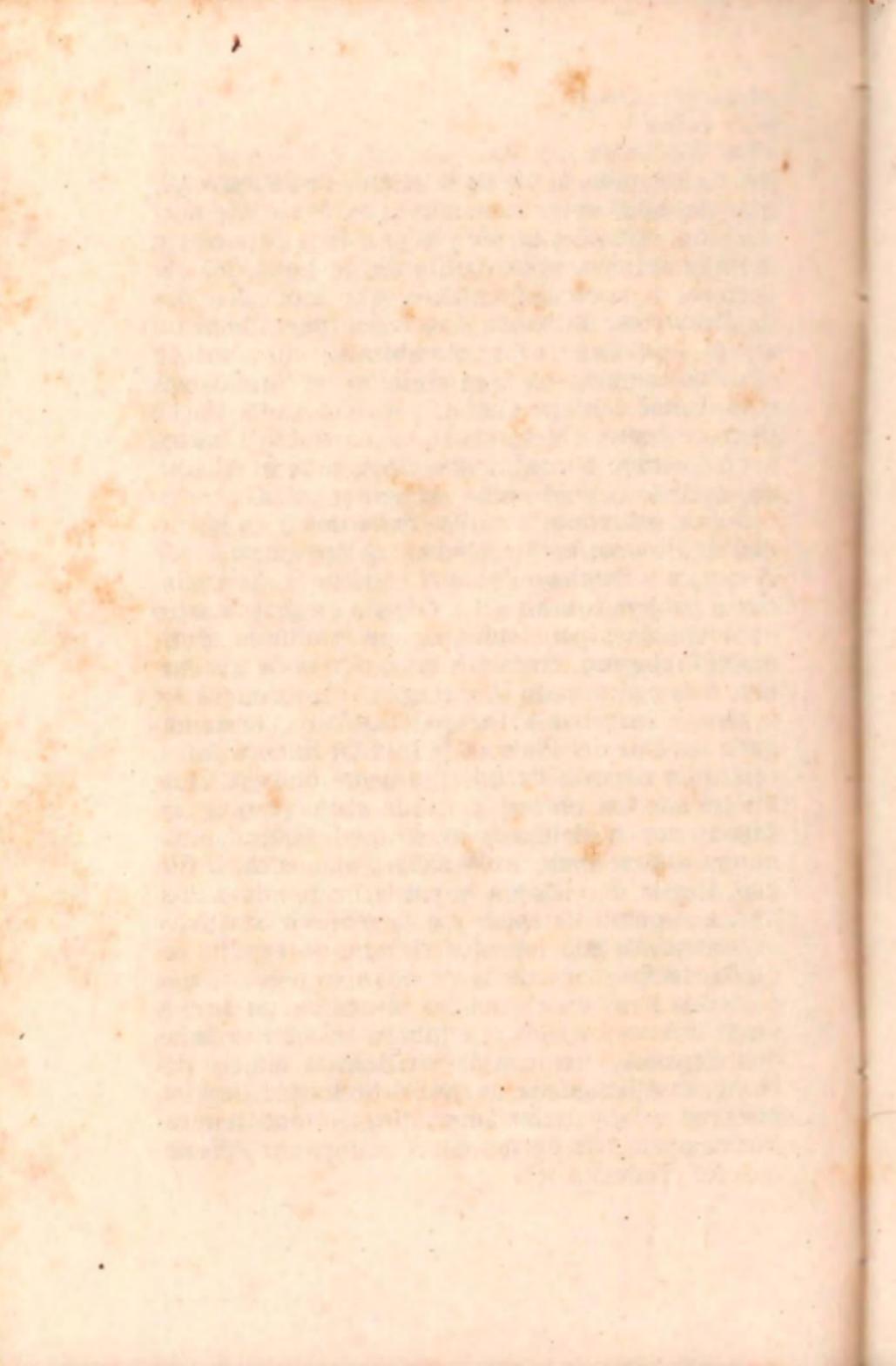
cana; el fracasado intento de satisfacer a Colombia, «lamentando», en el encabezamiento de un Tratado de paz y amistad, la nación norteamericana el despojo de Panamá, e indemnizando a aquella República de la pérdida del Istmo con veinticinco millones de dólares, que luego el calculismo fenicio, que pesa y cotiza el honor como el artículo más vil, redujo a quince; los procedimientos maquiavélicos contra la infortunada República de Haití; los desórdenes de Santo Domingo; el desembarco de marinos norteamericanos en la isla; la incautación de las Aduanas y de las rentas de la República Dominicana por los agentes de los Estados Unidos, conforme el deplorable Tratado de 1907; el desconocimiento de la autoridad del presidente doctor Enriquez, legalmente electo por el Congreso dominicano, y otros muchos incidentes que sería prolijo enumerar y que ponen en descubierto la conducta hostil y la política de conquista de la gran República del norte contra sus hermanas las Repúblicas del sur. ¿Hemos de seguir, a través del laberinto de la política internacional, los pasos de la diplomacia norteamericana, tendientes a adormecer las suspicacias de la Argentina y de Chile, y a separar al Brasil del bloque iberoamericano, halagando a Río Branco y meciendo a Lauro Muller?

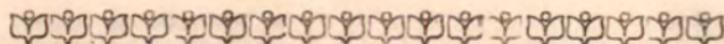
¡Condores del sur, aves majestuosas de los Andes, que cubristeis con vuestras alas enormes los estandartes agrupados de Rancagua, Chacabuco, Carabobo, Boyacá, Ayacucho, Maipo y Junin; quetzales de Centro América, que con vuestras plumas ornasteis las sienas de los dioses y de los guerreros de Palemke y Copán; y tú, Águila de Anáhuac, águila que sujeta con su garra de plata a la fatal serpiente, ¡vivid alerta! Ese lejano rumor que se escucha por el lado del septentrión no es el de la

dorada cuadriga del progreso, que viene del norte con las ciencias, las artes y las industrias a iluminar la América del inca y del azteca, del lusitano y del español, sino el zumbido de las alas de las águilas del Oregón y el Ohío, de los Apalaches y las Montañas Rocosas. ¡Vivid alerta!

Hemos recorrido la América, desde la colosal Nueva York hasta la gentil Buenos Aires; hijos de una de las Repúblicas más pequeñas del Continente, donde se conserva con el lenguaje de Castilla la tradición gloriosa de la Raza, la nave de nuestra fortuna nos llevó primero a España, donde, en el regio Alcázar y en la Alhambra, contemplando las aguas del Guadalquivir y las del Darro, recordamos a Isabel la Católica, la princesa castellana que al desprenderse de sus joyas debía recibir de manos de Colón la guirnalda de las Lucayas, la perla de las Antillas y las diademas de los emperadores aztecas y de los incas del Perú; luego a México, desde cuyo histórico castillo contemplamos la gran Tenoxtillán con las cúpulas de sus templos, las terrazas de sus palacios y las chimeneas de sus fábricas; más tarde cruzamos el Mississipi por un inmenso puente, como el Dante los círculos del Averno sobre las espaldas encorvadas de un poderoso titán; vimos la soberbia ciudad del Hudson con sus gigantescos rascacielos, su complicada red de tranvías y ferrocarriles y su Broadway, siempre pletórico de gentes, donde la noche y el día se confunden; la culta Boston, la universitaria Filadelfia, la hermosa Baltimore y la diplomática Washington con su célebre Capitolio, su excelente Biblioteca, su sencilla Casa Blanca y su primoroso obelisco; luego vimos la Habana con su clásico Morro, como un *bulldog* de piedra; a la entrada de la bahía, su precioso malecón y su encantador Vedado; en Co-

lón recordamos, al pie de la estatua de Aspinawall, que diez años antes habíamos visto desde ese mismo sitio, entonces un simple paseo de palmeras a la orilla del mar, ahora jardín de un hotel, los reflectores de la escuadra blanca, que sondeaban las tinieblas y escudriñaban la costa en previsión de un ataque nocturno de los colombianos; entramos en el Canal: ante nosotros se abrieron las formidables compuertas del lago Gatún, y pasamos una noche llena de imborrables recuerdos en nuestro barco, anclado sobre la cordillera andina, ante el Atlántico, anclado bajo el mudo esplendor de las constelaciones; estuvimos a orillas del Rimac, en la ciudad de Pizarro; contemplamos a Valparaíso desde el mar, y a Santiago desde el cerro de Santa Lucía, como habíamos visto a La Guayra en su anfiteatro de montañas; penetrados de un profundo sentimiento religioso, cruzamos la cordillera de los Andes, frente al nevado Aconcagua, y nos vimos en la feroz e inacabable Pampa Argentina, hasta llegar a la reina del Plata, a la triunfal Buenos Aires, cerebro y corazón de un continente del que Chile y Perú son los brazos; y desde allí, como en un sueño, nos trasladamos al señorial Madrid, a la opulenta Barcelona, a la sabia Salamanca, a Bilbao, fragua de cíclopes y patria de hombres ilustres, a la gentil Valencia y a la morisca Sevilla, y al contemplar con los ojos de nuestro espíritu reunidas tantas joyas de la corona más preciosa que colocó la Providencia en las sienas de un rey, y sentir la inmensa vida que hincha las arterias de las dos Españas, frente a la civilización fenicia del Norte, una llamarada de júbilo indecible iluminó nuestros ojos, y exclamamos, dirigiéndonos a nuestros compatriotas de los dos Continentes: «¡Tenemos fe! ¡Tenemos fe!»





Conclusiones

LEGAMOS al final de nuestro trabajo. Hemos amontonado los hechos, y vamos a recapitular las conclusiones que lógicamente se desprenden de los mismos.

Desde luego salta a la vista que el objetivo de esta obra no es hacer campaña en pro o en contra de determinado grupo de potencias, sino exponer las razones por las cuales creemos que España e Hispano-América deben desear el triunfo de Alemania y sus aliadas, sin salirse de los límites de la estricta neutralidad que se han trazado, y estrechar al mismo tiempo sus vínculos diplomáticos para oponerse a cualquier agresión en uno u otro Continente.

Los Imperios Centrales, después de sufrir por varios años las estrecheces del bloqueo diplomático de Inglaterra y sus aliados, entre los cuales los hechos nos obligan a contar a los Estados Unidos, y a consecuencia de la movilización rusa, se vieron obligados a deferir a la decisión de las armas la solución del problema de la hegemonía mundial.

Inglaterra y Francia, durante más de ochocientos años, han sido rivales de España, y desde los reinados de Isabel I y Luis XIV han procurado, fo-

mentado e impulsado la decadencia de esta nación (1).

Los Estados Unidos, herederos del odio de Inglaterra a España y continuadores de su política, desde el año 1835, en que ocurrió la sublevación de Texas, han intentado la conquista de la América Española.

La doctrina de Monroe, sin constituir una base de derecho continental e intercontinental, y como simple fórmula de hegemonía o conquista de los Estados Unidos, es un insulto a la soberanía de las Repúblicas americanas y debe ser rechazada con energía por éstas.

España e Hispano-América, que sufren por igual la hostilidad injusta de los anglo-sajones, deben mantener una estrecha inteligencia para defender los intereses y los ideales de la raza.

Los territorios que alguna vez estuvieron bajo el dominio de España o de las naciones hispanoamericanas, y que les fueron arrebatados violentamente, y en los que aún predominan la sangre y la lengua españolas, deben ser reivindicados y restituidos a sus legítimos dueños o declarados independientes.

España e Hispano-América deben perseverar en su neutralidad en el presente conflicto; pero deben ver con simpatía los esfuerzos que hacen los Imperios Centrales para concluir con el imperialismo marítimo de la Gran Bretaña y asegurar la libertad de los mares, a la par que para impedir el resurgimiento del Imperio Continental francés, que sería tan perjudicial para España como lo es el Imperio alemán para la Francia, como lo demuestra la his-

(1) «Desde el tratado de Utrecht», dijo D. Antonio Maura en su famoso discurso de Berlanga.

toria, y para oponerse al expansionismo comercial y a la preponderancia política de los Estados Unidos.

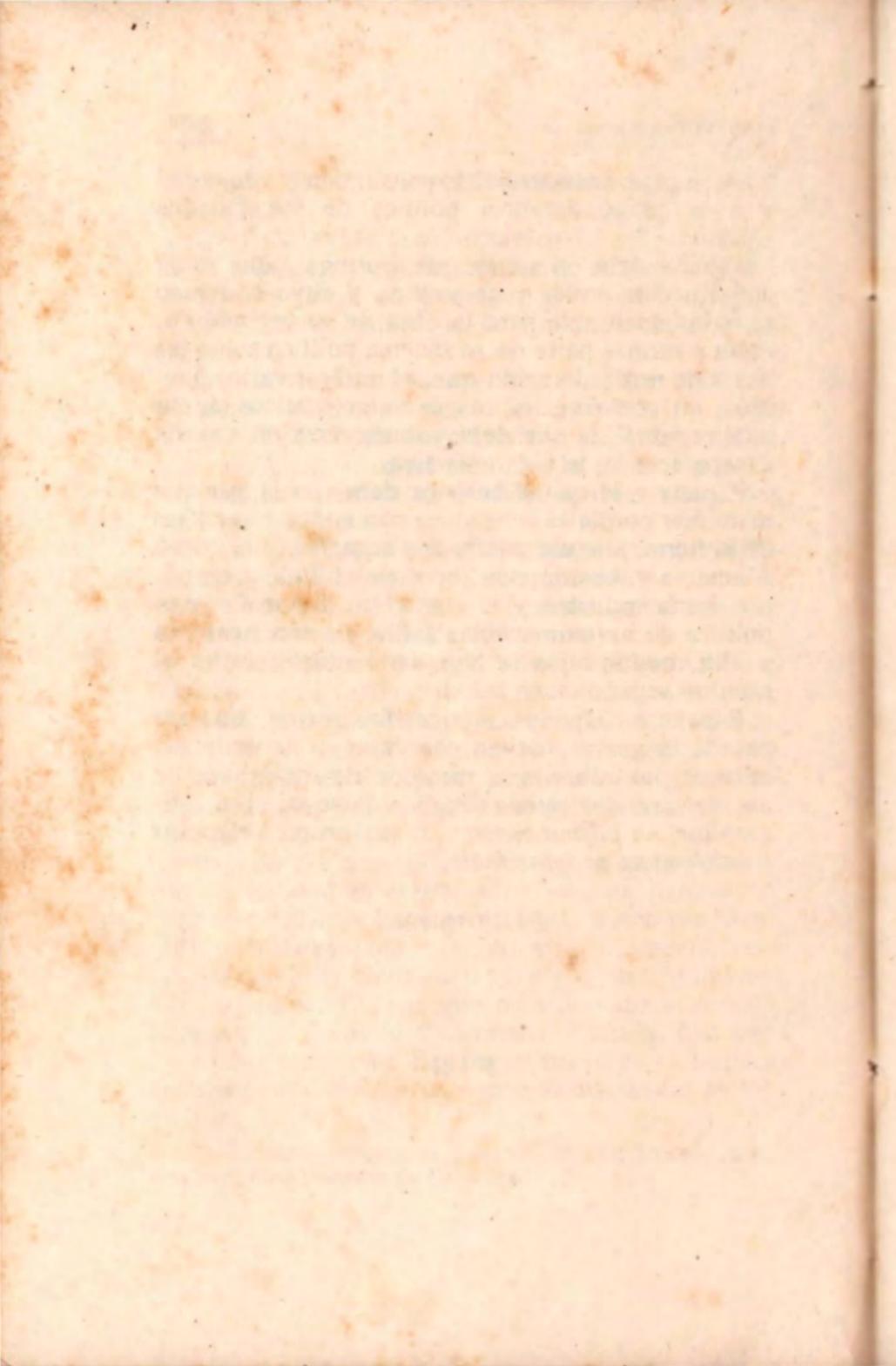
España debe procurar que Portugal, que es su continuación étnica y geográfica, y cuyo concurso le es indispensable para la obra de resurgimiento, entre a formar parte de su sistema político sobre las bases de una federación que, al unificar varios pueblos, les conserve los rasgos característicos de su vida regional, la que debe robustecerse en vez de desaparecer en la vida colectiva.

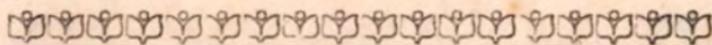
España e Hispano-América deben, a la par que mantener cordiales relaciones con todos los países de la tierra, singularmente con aquellos que, como Alemania y Austria, son focos de cultura y emporios de la industria y el comercio, desarrollar una política de aproximación a Italia, nación hermana y afin, cuyos hijos le han dado mucho lustre al nombre español.

España e Hispano-América, finalmente, una vez pasada la guerra, deben conservar su neutralidad, es decir, no adherirse a ninguno de los grupos de naciones en que quede dividida Europa, sino *desarrollar, en íntimo consorcio, sus propias riquezas y cultivar su propio ideal:*

PLUS ULTRA.

FIN





INDICE

	Págs.
DEDICATORIA.....	V
PRÓLOGO DE D. JACINTO BENAVENTE.....	VII
PRÓLOGO DEL AUTOR.....	I

I

Causas de la guerra.

<i>Introducción.</i> —Carácter universal de los actuales acontecimientos.—Causas aparentes y reales de la guerra.—Fracaso del «pacifismo».....	5
I.— <i>Europa antes de 1870.</i> —El pacto de Verdún.—La familia germánica.—Carlos V y Francisco I.—Luis XIV se apodera de Alsacia-Lorena.—Afrancesamiento de las costumbres en Austria y Prusia.—Alemania bajo la dominación napoleónica.—Waterloo.....	13
II.— <i>Rusia y los Estados balcánicos.</i> —El sueño de Rusia.—La guerra ruso-turca.—Guerra de Crimea.—Tratado de Berlín y fraccionamiento de Turquía.—Anexión de Bosnia y Herzegovina al Austria.—Italia se apodera de Trípoli.—Guerras balcánicas de 1912 y 1913.....	21
III.— <i>La guerra franco-prusiana.</i> —Engrandecimiento de Prusia.—Napoleón III.—Birmark.—	

	Págs.
Preparativos de guerra en Prusia.—La manzana de la discordia.—Exigencias del gobierno francés.—«¡A Berlín! ¡A Berlín!».—La «débâcle».—Paz de 1871.—La «revanche».	29
IV.—La «revanche».—El desquite como principio moral.—Alianza franco-rusa.—La Triple Alianza.—Inglaterra se aproxima a Alemania.—Impopularidad de esta alianza.—Rivalidad anglo-alemana.—Alemania como potencia colonial.—La «Entente cordiale».—Reparto de Marruecos.—El Kaiser desembarca en Tánger.—Conferencia de Algeciras.—Los Estados Unidos, satélites de Inglaterra.—Preparativos de guerra.—Alarma de los ingleses.—La política del desarme.—Intrigas franco-inglesas.—Avance de los franceses sobre Fez.—La <i>Phanther</i> a Agadir.—La neutralidad de Bélgica.—El crimen de Sarajevo.....	37
V.—La guerra.—El conflicto Austro-serbio.—Ultimatum de Austria-Hungría.—Contestación aparentemente conciliadora de Serbia.—Actitud belicosa de Rusia.—Proposición de Grey.—Negociaciones entre las potencias.—Movilización del ejército ruso.—Esfuerzos de Alemania para alejar a Inglaterra del conflicto.—Alemania declara la guerra a Rusia y a Francia.—Invasión de Bélgica.—Discurso de Bethman Hollweg en el Reichstag.—Inglaterra declara la guerra a Alemania.—M. Roosevelt, indignado.—Turquía entra en la lucha.—Bulgaria declara la guerra a Serbia e Italia a Austria-Hungría.—Portugal se suma a los aliados.—Proclamación del reino de Polonia.—Bloqueo de Grecia.—El fracaso de Rumania.—Proposición de paz.—La «Entente» declara sus intenciones de hegemonía y conquista.....	61

II

España ante el conflicto europeo. ✓

Págs.

- I.—*Ojeada histórica sobre las rivalidades de España y Francia.*—Preliminar.—Expedición de Carlomagno a España.—El pacto de Montpellier.—Primera invasión del Rosellón.—Sitio y saqueo de Gerona.—Victoria de Roger de Lauria en Rosas.—Enajena el rey don Jaime de Mallorca el señorío de Montpellier a los franceses.—Defensa de Perpignan por el rey don Juan de Aragón.—Prisión de los embajadores aragoneses en Lyon.—El testamento de Luis XI.—Francia devuelve el Rosellón y Cerdeña a España.—Principio de las guerras de Italia.—Conquista del reino de Navarra.—Asedio del castillo de Salsas.—Rivalidad de Francisco I de Francia y Carlos I de España.—Batalla de Pavia.—Francisco I en Madrid.—Paz de Cambray.—Sitio de Marsella.—Empresas de los españoles en América, en Túnez y en Hungría.—Alianza del rey Cristianísimo con el Gran Turco.—Toman los imperiales Saint Didier y llegan hasta Meaux, en el Marne.—Pánico de París.—Paz de Crespy.—Valerosa defensa de Metz por el duque de Guisa.—Abdicación de Carlos V.—Felipe II.—Batalla de San Lorenzo y toma de San Quintín.—Paz de Chateau-Cambrises.—Victoria naval de Lepanto.—Grandeza de España..... 93
- II.—*España e Inglaterra.*—Felipe II e Isabel de Inglaterra.—Guerra de Portugal.—Sublevaciones de Flandes.—Isabel y los flamencos.—Preparativos navales de España.—Fracaso de la «Invencible»..... 122

- III.—*Decadencia de España*.—Liga de las potencias contra España.—Ataques a la Coruña y Lisboa.—Saqueo de Cádiz.—Paz de Verbins.—Ruina del comercio español.—Muerte de Felipe II.—Felipe III.—Sitio a Nieuport Mauricio de Nassau.—Batalla de las Dunas.—Asedio de Ostende.—Muerte de la reina Isabel.—Paz con Inglaterra.—Prosigue la guerra con Holanda.—Combate naval de Gibraltar.—El sol se pone en Flandes.—Luchas contra los corsarios.—Espinola se apodera de Oppenheim.—Felipe IV.—Batalla de Norlinga.—Insurrecciones de Cataluña y de Portugal.—Batallas de Estremoz y Villaviciosa.—Luis XIV invade Flandes y el Franco Condado. Paz de Aquisgrán.—Guerra de Holanda.—Sitio de Besançon.—Pérdida del Franco Condado.—Arrogancia del rey-Sol —Política de Francia en Marruecos.—Defensa de Girona.—Caída de Luxenburgo.—Liga contra Luis XIV.—Rendición de Barcelona.—Paz de Riswik.—Muerte del rey Carlos II *el Hechizado*.—Felipe V y la guerra de sucesión.—Cómo se perdió Gibraltar.—Tratado de Utrech.—El cardenal Alberoni.—Sitio de Gibraltar.—Reconquista de Nápoles.—Guerra de España y Francia contra Inglaterra.—Expediciones de Vernon y Anson.—Ataque contra Panamá.—Gloriosa defensa de Cartagena de Indias.—Caída del Ministerio de Walpole.—Reinado de Fernando IV.—Carlos III.—Defensa de la Habana.—Caída de Manila.—El incidente de las islas Malvinas.—Ministerio de Floridablanca.—Carlos IV.—Guerra contra la República francesa.—Campana del general Ricardos en el Rosellón.—Paz de Basilea.—Tratado de San Ildefonso.—Bonaparte y Godoy.—La abdica-

ción de Bayona.—Guerra de independencia española.—Guerra de independencia americana.—Guerra de África.— <i>Le roi hulan</i> .—Guerra de Cuba.—Intervención de los Estados Unidos.—Abatimiento de España.—Causas de la decadencia.—Conclusión.....	143
---	-----

III

Antagonismo de las razas en América.

<i>Preliminares</i> .—Pretendida superioridad de los anglo-sajones.—La doctrina de Monroe.—Independencia y anexión de Texas a los Estados Unidos.—Invasión de México.—Walker en Centro América.—Pretensiones de Inglaterra sobre la Mosquitia.—Guerra hispano-americana.—El despojo de Colombia.—La revolución de Nicaragua.—El Tratado Chamorro.—Bryan.—El conflicto mejicano.—El atropello de los pueblos débiles.—Inteligencia anglo-franco-americana.—Conclusión...	189
---	-----

